

EL SACERDOTE, HOMBRE DE ORACION

ARMANDO BANDERA, o. p.

Profesor en la Pontificia Facultad Teológica
de San Esteban, Salamanca.

I.—ARMONIA ENTRE LA VIDA DE ORACION Y VOCACION SACERDOTAL.

II.—LA ORACION EN LA VIDA PERSONAL DEL SACERDOTE.

- a) *La oración, defensa del sacerdote.*
- b) *La oración, descanso para el sacerdote.*
- c) *La oración, estímulo para la santificación del sacerdote.*

—Cómo la oración contribuye a la santificación.

—Oración y meditación.

—Una confirmación negativa.

—Oración y sacrificio de la misa.

—Sacerdocio victimante.

—Altar y tabernáculo.

—Alimento y respiración.

III.—LA ORACION EN EL MINISTERIO SACERDOTAL

- a) *La oración, preparación para el apostolado.*
- b) *La oración sostiene el apostolado.*
- c) *La oración es apostolado.*

IV.—EL ANGELUS.

V.—CONCLUSION.

"Si Nos preguntáis qué consigna damos a los sacerdotes de la Iglesia Católica en el comienzo de Nuestro Pontificado, responderemos: orad, orad cada vez más y con mayor fervor" ¹. "Que vuestra oración sea continua, meditada y reflexiva. Sea vuestro alimento; sea para vosotros como el aire que respiráis, y que os mantiene con vida, preservándoos de los miasmas de una mentalidad mundana que podría poner en serio peligro vuestra vocación. Poned, por tanto, en práctica la gozosa invitación del Apóstol: *Verbum Christi habitet in vobis abundanter in omni sapientia docentes et commonentes vosmetipsos psalmis, hymnis et canticis spiritualibus, in gratia cantantes in cordibus vestris Deo* (Col. 3, 16)...

Se ha dicho que en los labios del sacerdote debe haber una oración continua. Pero esto, como todas las cosas del espíritu, no se puede improvisar ni reservar al tiempo que ha de seguir a la ordenación sacerdotal, porque entonces, si no está ya formado ese espíritu de oración, no faltarán



1. Pío XII, *Alocución a los alumnos eclesiásticos de Roma*, 24-6-1939: AAS 31 (1939) 249.

las ocasiones, quizás, por desgracia, las presuntas justificaciones en nombre de la actividad y del trabajo, para un debilitamiento de aquel espíritu. Es ésta la hora en que debéis haceros hombres de oración; y entonces cuánta luz, suavidad, calma, equilibrio; y también cuánto atractivo sobre las almas" ².

I. Armonía entre vida de oración y vocación sacerdotal

Veinte años largos separan los dos textos que acabamos de citar. Los cambios sufridos por la humanidad en este tiempo son tantos y tan enormes, que su alegación se ha convertido en un tópico del lenguaje. Sin embargo, Pío XII y Juan XXIII, dirigiéndose exactamente al mismo público, hablan de idéntica manera. Por el contenido interno de la doctrina nadie podría señalar para las palabras de Pío XII una fecha determinada y otra distinta para las de Juan XXIII. Ello prueba que nos encontramos ante algo que no está sujeto a la mudanza de los tiempos. En cualquier tiempo el sacerdote debe ser el hombre de la oración. Podrán variar, y de hecho han variado, los modos de orar; pero la oración, en su pura y simple sustancia evangélica, se sobrepone a todo cambio temporal. Es una de las manifestaciones vitales y, además, esenciales del cristianismo, cuya perennidad participa sin riesgo y hasta sin posibilidad de perderla.

La vocación sacerdotal es inconcebible sin vida de oración. Y como esta vocación se sobrepone a los tiempos, no para abandonarlos, sino precisamente para salvarlos a todos, también la oración sacerdotal está por encima de toda vicisitud temporal. "La grandeza y la fuerza del sacerdote

2. Juan XXIII, *Alocución a los alumnos eclesiásticos de Roma, durante la celebración del Sínodo*, 28-1-1960: AAS 52 (1960) 267-268.

—dice Pío XII— se centran en ser con plenitud hombre de Dios y hombre de la Iglesia. Ser hombre de Dios es, ante todo, tender a la perfección de la caridad divina: "Sed santos, porque yo, el Señor, soy santo" (Lev. 19, 2). Ahora bien, hoy, lo mismo que ayer, la santidad postula como condición indispensable la oración y la ascesis; y nunca Nos excederemos en recomendar a Nuestros hijos dedicados a los trabajos del ministerio sacerdotal que se examinen sobre su fidelidad a esta doble obligación" ³. "Las grandes leyes de la unión con Dios y de la fecundidad apostólica permanecen inalterables de siglo en siglo... Siempre el príncipe de este mundo deberá ser vencido por el ayuno y la oración" ⁴. "El eclesiástico camina sobre la tierra, pero sus pensamientos, su corazón, sus ojos miran al cielo" ⁵.

Mirar al cielo con el pensamiento, con el corazón y con los ojos: he aquí la substancia de la vida de oración, y, al mismo tiempo, una de las exigencias más profundas de la vocación sacerdotal. Porque el sacerdote, según la célebre "definición" de la Epístola a los Hebreos, es un hombre extraído de la masa de los hombres y puesto al servicio de Dios, para la oblación de dones y sacrificios en expiación de los pecados ⁶.

Como hombre, es necesario que viva sobre la tierra, sujeto a las comunes miserias de los hombres, sus hermanos; pero como representante de Dios y ministro suyo ha de vivir en un constante esfuerzo de penetración en los pensamientos de Dios y de identificación con los deseos más íntimos de su corazón para poder transmitirlos a los hombres. La vo-

3. Pío XII, *Carta al Cardenal M. Feltin*, 25-3-1957: AAS 49, pp. 273-274.

4. Pío XII, l. c., p. 274.

5. Juan XXIII, *Alocución a los alumnos eclesiásticos de Roma*, 28-1-1960: AAS 52, p. 277.

6. Hebr. 5, 1.

cación sacerdotal pide al hombre que la recibe estar con los pies en la tierra, pero, al mismo tiempo, llevar los pensamientos, el corazón, los ojos fijos en el cielo. Mediante esta postura, vocación sacerdotal y vida de oración se unen en armoniosa síntesis, que brota del interior; porque si el sacerdote, en virtud de su vocación ha de vivir perennemente en actitud orante —con los ojos fijos en el cielo—, la oración, por su parte, alcanza su realización más perfecta en la vida del sacerdote que por la oblación del sacrificio de alabanza, de acción de gracias, de impetración y de expiación ejerce su ministerio de mediador entre Dios y los hombres. Oración y vocación sacerdotal se armonizan desde dentro y mutuamente se complementan.

Consideramos de importancia esta idea para no incurrir en el error de creer que oración y sacerdocio sean cosas inconexas, entre las cuales no se pueda buscar otra síntesis que la producida desde fuera en virtud de un precepto que los liga imponiendo al sacerdote el deber de consagrar a la oración un tiempo más o menos largo. Cierto que existe este principio exterior de síntesis, ese precepto que nos obliga a no descuidar la oración. La Iglesia efectivamente impone a sus sacerdotes el deber de orar. Pero el deber existe independientemente y por encima de toda imposición por parte de la autoridad eclesiástica, por ser un deber que brota de la esencia misma de la vocación sacerdotal.

Si de estas reflexiones dictadas por un razonamiento sereno, nos elevamos a la consideración del sumo y eterno Sacerdote Jesucristo, no podemos menos de admirar en su vida la más perfecta síntesis intrínseca entre oración y sacerdocio. El, que entra en el mundo haciendo su solemne ofrenda sacerdotal con el "ecce venio", pasó "los días de su vida mortal" ofreciendo "oraciones y súplicas con poderosos clamores y lágrimas" ⁷. Nadie como El realizó la

7. Hebr. 5, 7.

consigna de estar con los pies sobre la tierra, manteniendo los pensamientos, el corazón, los ojos fijos en el cielo.

Al contemplar este ejemplo del sumo Sacerdote, se comprende sin dificultad que la oración es un elemento vital para el sacerdote. Se le recomienda y se le impone no por un vano temor de que las funciones sacerdotales no sean aptas ni suficientes para mantener al sacerdote dentro de una línea de perfecta fidelidad a su vocación, sino porque una de las funciones y ocupaciones esenciales a la vocación sacerdotal es la oración. El sacerdote es, o debe ser, hombre de oración no al margen de su específica vocación sacerdotal; sino en virtud de ella. En esto precisamente se fundaba Pío XI para proclamar enérgicamente que "los poco dados a la piedad..., no han nacido ni son aptos para el sagrado ministerio" del sacerdocio ⁸.

Cuando entre los jóvenes aspirantes al sacerdocio reina un intenso espíritu de oración, fundadamente se pueden depositar en ellos las más halagüeñas esperanzas. "Llenos del espíritu de Cristo, vendrán a ser ellos como el puñado de hombres fuertes que con la integridad de sus vidas y su inflamado celo apostólico, ha de reconducir al pueblo de Dios a las fuentes puras de la vida cristiana, garantizando así el nacimiento de una vigorosa progenie sacerdotal" ⁹.

Sin romper la unidad de la vocación sacerdotal, podemos considerarla en dos momentos, fácilmente distinguibles: Primero, en cuanto afecta personalmente al hombre que la recibe, el cual queda transformado en hombre de Dios. Y después, en las repercusiones que tiene sobre la acción pastoral del hombre consagrado. El hombre y su obra. Porque la vo-

8. Pío XI, *Ad catholici sacerdotii*: AAS 28 (1936) 40. Véase también Pío XII, *Menti Nostrae*: AAS 42 (1950) 690-691.

9. Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades, *Carta al Episcopado en el III Centenario de la muerte de san Vicente de Paúl (27-9-1960)*, primera parte, núm. 5 (al fin), p. 13, Roma, 1960.

cación no es algo puramente estático. Se nos comuncia para que *seamos* hombres de Dios y para que *obremos* como tales. Entre los dos momentos o aspectos de la vocación sacerdotal podemos establecer una relación semejante a la que existe, en la naturaleza, entre orden entitativo o del ser y orden dinámico o de la operación.

La armonía y mutua compenetración de la vida de oración y de la vocación sacerdotal es completa. Se realiza en los dos momentos o aspectos que hemos distinguido en la vocación. No puede ser de otro modo, dado que la vocación al sacerdocio reclama, en cuanto tal, la vida de oración. Vamos a considerar un poco más en detalle cada uno de los dos aspectos por separado.

II. La oración en la vida personal del sacerdote

Considerando al sacerdote en su vida personal, la oración le ofrece tres grandes bienes: defensa, descanso, estímulo para la santificación.

a) *La oración, defensa del sacerdote.*

Si abrimos el evangelio para conocer la vida de Nuestro Señor, inmediatamente nos encontramos con la fuerte oposición que hubo de soportar por parte de los judíos. Esta oposición reviste dos formas. Una se concreta en el intento de desacreditar a Cristo, presentándolo como transgresor de la Ley: "este hombre, que no guarda el sábado, no puede venir de Dios" ¹⁰, o tratando de ponerlo en conflicto con la autoridad romana. El mensaje traído por Jesucristo chocaba tan violentamente con la mentalidad de aquellos hombres,

10. Jn. 9, 16.

aferrados a una tradición formalista y faltos de toda justicia interior, que la actitud de hostilidad era la que primero se les presentaba y la que ellos, de hecho, eligieron. "El mundo me odia, porque yo doy testimonio contra él de que sus obras son malas" ¹¹. Y las manifestaciones de este odio se encuentran a cada paso en el evangelio, sobre todo en el de san Juan.

La segunda forma de oposición fue la persecución violenta contra Jesús. Todos sabemos su sangriento y afrentoso final.

La aplicación de todo esto a nuestro caso la hizo Jesucristo mismo: "Si el mundo os aborrece, sabed que me aborreció a mí primero que a vosotros. Si fuéseis del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, sino que yo os escogí del mundo, por esto el mundo os aborrece. Acordaos de la palabra que yo os dije: no es el siervo mayor que su señor. Si me persiguieron a mí, también a vosotros os perseguirán". ¹². "Llega la hora en que todo el que os quite la vida pensará prestar un servicio a Dios" ¹³.

La realidad se encargó de comprobar estos vaticinios de Jesús desde los primeros días de la Iglesia. Nadie quizá expresó con el vigor de san Pablo la oposición que reina entre el mundo y el mensaje cristiano: "Nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, locura para los gentiles" ¹⁴. Y el Apóstol hubo de experimentar muchas veces en su propia carne las consecuencias de la hostilidad del mundo a la doctrina evangélica. Después de una de esas ocasiones decía a los cristianos: "Por muchas tribulaciones nos es preciso entrar en el reino de Dios" ¹⁵.

11. Jn. 7, 7.

12. Jn. 15, 18-20.

13. Jn. 16, 2.

14. I Cor. 1, 23.

15. Act. 14, 22. San Pablo recuerda varias veces sus numerosos

El mundo no ha cambiado. Hoy, como en los tiempos apostólicos, "el mundo está bajo el maligno" ¹⁶. Mucho menos cambió Jesucristo; El "es el mismo ayer y hoy y por los siglos" ¹⁷. "El cielo y la tierra pasarán, pero, mis palabras no pasarán" ¹⁸.

El ministro de Jesucristo debe persuadirse firmemente que el mundo lo aborrece y lo aborrecerá siempre. El sacerdote no podrá menos de experimentar en sí mismo el misterio del "signo de contradicción", que primero se cumplió en Cristo. Deberá colocarse, por tanto, en disposición de lucha; sentirse soldado de Jesucristo y pelear valientemente para defender su causa. Pero esta lucha no dará ningún resultado estimable, es más, será prácticamente imposible, si el ministro de Cristo, el sacerdote, no pone serio interés en preservarse primero él del veneno que el mundo inocular en las almas para destruir en ellas el reino de Cristo.

Nuestro Señor, por su absoluta impecabilidad, estaba enteramente inmune de todos los peligros con que el mundo trataba de seducirlo. Pero el sacerdote, su ministro, no se halla en la misma condición. Es un hombre débil, sujeto a los mil modos de influencia que el mundo posee para contrarrestar y anular el poder de la gracia de Cristo y de la vocación sacerdotal. Lo primero que ha de hacer el sacerdote es defenderse él mismo del espíritu mundano. Y una de las armas más eficaces para esta defensa es la oración.

"El sacerdote —decía san Pío X— ha de hacer su vida cotidiana en medio de una nación perversa, hasta el punto que con frecuencia debe temer que se oculten las asechanzas de la serpiente infernal en el ejercicio mismo de la caridad

padecimientos por el evangelio; pero quizá en ninguna parte con tanta vehemencia y amplitud como en II Cor. 11, 23-27.

16. I Jn. 5, 19.

17. Hebr. 13, 8.

18. Mt. 24, 35.

pastoral. ¿Qué extraño que los corazones consagrados se manchan con el polvo del mundo, siendo cosa tan fácil? Todo ello pone de manifiesto cuál y cuán urgente sea la necesidad de volver diariamente a la contemplación de las cosas eternas para que, repuestas con ello las fuerzas, la inteligencia y la voluntad se aseguren contra toda seducción" ¹⁹.

El espíritu mundano, contra el que es preciso luchar, se condensa hoy en una sola palabra: *naturalismo*. Contra él primeramente ha de tomar medidas defensivas el sacerdote por la práctica de la oración. "Este ardiente espíritu de oración —enseña Pío XII— si es necesario en todos los tiempos, lo es especialmente hoy, cuando el llamado "naturalismo" ha invadido las inteligencias y las almas, y cuando la virtud está expuesta a peligros de todo género, peligros que a veces se encuentran en el mismo ejercicio del sagrado ministerio. ¿Qué podrá defenderos mejor de estas insidias, y elevar más eficazmente vuestras almas a las cosas celestiales y tenerlas unidas con Dios, que la asidua oración y la invocación de la ayuda divina?" ²⁰.

Las consecuencias del naturalismo, o más exactamente, de la "oleada de naturalismo" —como dice con vigor la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades ²¹— se dejan sentir en numerosos sectores de la vida sacerdotal. La misma Sagrada Congregación enumera unos cuantos puntos afectados por la "oleada": "la oración, la íntima unión con Dios, el espíritu de mortificación, la humildad, la obediencia, la vida escondida, la separación del mundo" ²².

Y una vez que el naturalismo haya logrado minar y con-

19. San Pío X, *Haerent animo*: ASS, 41 (1908) 566.

20. Pío XII, *Menti Nostrae*: AAS 42 (1950) 673.

21. *Carta al Episcopado en el III Centenario de la muerte de san Vicente de Paúl (27-9-1960)*, parte segunda, núm. 5, p. 18.

22. L. c.

mover los cimientos sobre que se asientan la vida personal del sacerdote, la fidelidad de éste a la doctrina evangélica es prácticamente imposible, porque caerá siempre o con excesiva frecuencia en la sutil tentación de resolver la contradicción entre el espíritu de Cristo y los criterios mundanos mediante algún fácil compromiso. "En la historia de la Iglesia —dice Pío XII— es un hecho invariablmente repetido que cuando la fe y la moral cristinas chocan contra fuertes corrientes adversas de errores o de apetencias viciosas surgen tentativas de superar la dificultad con algún cómodo compromiso" ²³. Y, sin duda, la época en que vivimos abunda en errores y tendencias contrarias a la fe y a la moral cristianas. El sacerdote que no se acerque asiduamente a Jesucristo para tratar con El en la intimidad de la oración, será fatalmente arrastrado por la corriente mundana, o, cuando menos, fuertemente influenciado por el espíritu del mundo.

El naturalismo mundanizante es habilísimo en el uso de sus recursos de seducción. Apoyándose en una innegable verdad, es decir, en la función mediadora del sacerdote, saca de ella una conclusión que dista mucho de ser legítima. Si el sacerdote es mediador, debe pasar su vida —se dice— entre los hombres a quienes dispensa los beneficios de la mediación; debe participar de sus preocupaciones, vivir sus problemas, identificarse totalmente con los hombres. Bonitas frases con las cuales prácticamente se desvirtúa todo el contenido sobrenatural del sacerdocio. "Se quiere "comprender" a nuestra edad y a los jóvenes que la representan; pero en realidad no se hace más que ceder a sus deficiencias" ²⁴.

Evidentemente el sacerdote es mediador en favor de los hombres. Ha de preocuparse por ellos y sentirse afectado por

23. Pío XII, *Alocución a los párrocos y predicadores cuaresmales de Roma*: AAS 36 (1944), 73-74.

24. *Sagrada Congr. de Sem. y Univer.*, l. c., en la nota 21.

sus problemas, o más exactamente, mirar esos problemas como propios. Pero nunca debe olvidarse que el sacerdote ejerce en favor de los hombres una mediación específica: ante Dios. Por consiguiente, deberá vivir los problemas humanos, pero del lado de Dios, en presencia de Dios y no envuelto en las mil preocupaciones puramente humanas que agitan a tantos hombres y que no podrán menos de contagiar a quien se coloque en su mismo plano. ¿Quién como Cristo cargó sobre sí los problemas de la humanidad entera? ¿Quién, al mismo tiempo, vivió tan alejado del espíritu del mundo y atento únicamente a las cosas que eran del agrado de su Padre? El sacerdote debe persuadirse que sólo siguiendo el ejemplo de Cristo podrá apropiarse cristiana y sacerdotalmente los problemas de los hombres y prestar una contribución positiva a su solución.

Un sacerdote italiano, especialmente competente en la materia por sus servicios en la Obra de Retiros para Obremos, de Bérgamo, hace esta exactísima observación: las excesivas preocupaciones temporales "que impidieran al sacerdote ser "summe" el hombre de la oración, serían la negación directa de su razón de ser", porque —dice el mismo autor— "una función del sacerdote, a la cual no puede sustraerse, es la de ser el hombre de la oración"; "en esto el sacerdote no puede decir a nadie: ocupa tú mi puesto" ²⁵.

El sacerdote deberá persuadirse plenamente de que "no es extraño a su tiempo por el solo hecho de no aceptar sus desviaciones" ²⁶; porque "el eclesiástico camina sobre la tierra, pero sus pensamientos, su corazón, sus ojos miran al cielo" ²⁷. "Tengamos siempre presente —decía san Pío X—

25. Don Giovanni Locatelli, *In margine a un articolo di Esprit*, en *Settimana del Clero*", 22-1-1961, p. 4.

26. Sag. Cong. de Sem. y Univ., l. c., p. 19.

27. Juan XXIII, *Allocución a los alumnos eclesiásticos de Roma*: AAS 52 (1960) 277.

que incluso en medio del pueblo el sacerdote debe mantener su augusto carácter de ministro de Dios y que está puesto al frente de sus hermanos en lo que se refiere a la salvación de las almas; cualquiera manera de ocuparse del pueblo con mengua de la dignidad sacerdotal, con perjuicio de los deberes y de la disciplina eclesiástica, no podría por menos de ser altamente reprobada" ²⁸.

Hace ya muchos siglos que san Pablo dio a su discípulo Timoteo la gran consigna sacerdotal sobre esta materia: "Soporta la fatiga como buen soldado de Cristo Jesús. El que milita, atento a complacer a quien lo alistó como soldado no se embaraza con los negocios de la vida" ²⁹.

El sacerdote nunca puede perder de vista que su vocación le convierte en soldado de Jesucristo, que está puesto para luchar contra el espíritu mundano, que sólo mediante esta lucha podrá llevar a las almas la gracia que santifica y salva. Por eso, en vez de ilusionarse fácilmente con las apariencias de un éxito momentáneo y superficial, que conduce a la ruina del espíritu sacerdotal, "será preciso insistir sobre todo en la oposición establecida por el Salvador entre su espíritu y el espíritu del mundo; de aquel mundo por el que Cristo no quiso orar, porque todo él se halla poseído por el espíritu del maligno e impenetrable al influjo de la gracia, al cual por consiguiente no deben pertenecer los suyos, como El mismo no pertenece. Será necesario que ellos se familiaricen con el pensamiento de que están dedicados a las cosas celestes y que, sacados del mundo, solamente podrán convertirse en sal que preserva y llama que ilumina

28. San Pío X, Enc. *Pieni l'animo*, 8-12-1902; en la colección de Capazzi-Radice, *Il Sacerdote da tutte le Encicliche Pontificie*, núm. 35, p. 73. Milano, Istituto Propaganda Libreria, 1960.

29. II Tim. 2, 3-4.

en la medida en que se sustraigan a sus lisonjas, a sus principios, a sus métodos, a sus fáciles compromisos" ³⁰.

Si insistimos en que el sacerdote se aparte del mundo y que no se deje seducir, no es precisamente para aislarlo ni para replegarlo sobre sí mismo, sino para que se ocupe de los problemas de los hombres *a la luz de Dios*, para que su espíritu mire hacia el mundo *con los ojos de Dios*, porque sólo entonces podrá tener una visión del mundo y de sus problemas *semejante a la visión que tiene Dios*.

Pero, ¿cómo conseguir esto? Por medio de la oración. La oración es, por propia esencia, elevación del alma a Dios, para ver las cosas en El. Sin esta elevación es de todo punto imposible tener una visión divina de la realidad. Y faltando la visión divina, se impondrá forzosamente la visión humana, naturalista, que busca el modo de agradar a los hombres con lo fácil y cómodo en vez de santificarlos con lo austero.

El sacerdote que ora es un testigo de lo sobrenatural, un hombre convencido de que la salvación no se logra con artificios humanos, sino con el poder de la gracia de Jesucristo. Y cuando el sacerdote consigue afianzarse en esta disposición, entonces puede decirse que está seguro —cuanto humanamente se puede pensar— de vencer el espíritu mundano y su exponente máximo en nuestros días que es el "naturalismo".

Pero de nuevo insistimos en que esta obra de defensa frente al mundo y a su espíritu no ha de convertirse en una huida vergonzosa y cobarde. Ha de ser una elevación, una sublimación, una inmersión en la fuente de lo sobrenatural que para nosotros es Cristo crucificado. Hundido el espíritu del sacerdote por la oración en el misterio de la Cruz, se prepara del modo más excelente para realizar su "misión

30. Sda. Cong. Sem. Univ., l. c., p. 19.

primera y principal" que "es ofrecerse como hostia inmaculada para realizar la obra de Cristo Redentor del género humano" ³¹.

¿Cómo pensar en inmolación, cuando se guía uno por los criterios de la naturaleza? Por eso, el sacerdote que, mediante la oración se defiende del mundo, mediante esa misma oración se pone en contacto con el mundo *a la manera de Cristo*, es decir, desde la Cruz y con *la misma finalidad de Cristo* que es la salvación del género humano.

b) *La oración, descanso para el sacerdote.*

"En un género de vida movido como es el suyo, en el aislamiento incluso físico, de los propios hermanos; bajo la carga de innumerables empresas que tienden a esterilizar el espíritu, la oración es el reposo, la compañía, el alimento del alma sacerdotal" ³².

Sólo Dios y el espíritu liberado o exento de las exigencias corpóreas pueden ejercer una actividad ininterrumpida sin experimentar cansancio. En este mundo, el hombre trabajando se cansa. La misma naturaleza nos invita al reposo después de la jornada laboriosa, para que, cesando la actividad, las facultades gastadas se rehagan y puedan empezar de nuevo su habitual esfuerzo al día siguiente.

El cansancio no afecta solamente a las facultades sensibles. Mediante ellas penetra en el interior mismo del espíritu, en la mente y en la voluntad del hombre, porque estas potencias, si bien subjetivamente son inmateriales, nunca pierden —en el proceso psicológico normal— la dependen-

31. Juan XXIII, *Alocución al clero de Roma en la primera Sesión del Sínodo*, 25-1-1960: AAS 52, p. 204.

32. Pío XII, *Alocución al I Congreso Nacional Italiano de Delegados diocesanos de Emigración*: AAS 49 (1957) 735.

cia objetiva de la materia, como consecuencia de la unión *sustancial* entre alma y cuerpo.

Si el hombre que gasta sus energías físicas, necesita un descanso físico, el que gasta las espirituales necesitará un descanso espiritual.

El descanso, en general, implica principalmente dos cosas: cesación de la actividad agotadora, reposición de las energías perdidas. De donde se sigue, a modo de consecuencia, una sensación de placer, bienestar o felicidad, que no se puede menos de experimentar cuando uno se siente en plena posesión de sí mismo y de sus facultades.

La actividad principal del sacerdote es de orden espiritual; su vocación lo hace mediador de los hombres en las cosas que miran a Dios. Y si alguna vez se ocupa de lo temporal, ha de ser en orden a Dios, en cuanto que lo temporal es medio para procurar el bien de las almas y facilitar su salvación.

Por lo mismo, el descanso del sacerdote, en cuanto sacerdote y no simplemente en cuanto hombre, ha de ser un descanso espiritual. Pero el descanso, ni siquiera en el orden físico, se consigue por la pura y absoluta inacción; es, más bien, resultado de un represamiento de energías liberadas por la acción que nos pone en contacto con el principio vital.

¿Por qué medio conseguirá el sacerdote un descanso específicamente sacerdotal? Por la oración. Acabamos de citar las palabras de Pío XII: *"la oración es el reposo del alma sacerdotal"*.

Los diversos trabajos del sacerdote gastan muchas energías sobrenaturales. A ello se añade que el roce con personas y cosas no puede menos de causar algún desorden interno, porque el sacerdote no está inmunizado contra las tentaciones, que tienden a suscitar con más o menos vehemencia las diversas pasiones propias de la naturaleza humana.

En el recogimiento de la oración, cesa el tumulto de ocu-

paciones exteriores. Desaparece también la ocasión del desorden interno. Puesta el alma en la presencia de Dios, sus energías sobrenaturales se reponen y surge connaturalmente la sensación de descanso, de orden; de bienestar. Es, efectivamente, el descanso del alma en Dios, un descanso semejante al de Dios mismo, que consiste en la quieta contemplación de su naturaleza y de todas sus infinitas perfecciones. Este descanso a lo divino es, sin duda, el más apropiado para quien por vocación asumió el honroso ministerio de convertirse en mediador de los hombres ante Dios.

Así como el descanso es fuente de renovadas energías para el trabajo, así este descanso en Dios por la oración es principio de una actividad a lo divino. Dios, partiendo de la quieta contemplación de sí mismo, despliega su inmensa actividad sobre toda la creación. El alma que por la oración se sitúa en Dios, goza de su quietud, reposa en El; y, al mismo tiempo, se asocia a Dios en su actividad, de la que participa para emplearla después en la santificación de los hombres.

La oración, en cuanto descanso del alma sacerdotal, está muy lejos de ser un ocio censurable. Al contrario, representa una actividad específicamente sacerdotal. Los efectos que le hemos asignado guardan un sensible paralelo con los que santo Tomás señala como característicos de la eucaristía: sustentar, reparar, deleitar³³.

El hecho no debe extrañarnos. La oración es una profunda "comunión" en la vida íntima de Dios. Y, a su vez, la recepción de la eucaristía pide, por su propia naturaleza prolongarse en amorosa conversación del sacerdote con Cristo. "El alma que ha comprendido el amor de su divino Maestro —dice Pío XII—, no se contenta con los breves momentos que el Pan de los Angeles reposa en sus labios; tiene necesidad de ver y adorar a su gusto al omnipotente Señor que,

33. Cf. III, 79, 1.

bajo la humilde apariencia de pan, se pone a su servicio; tiene necesidad de contemplar sin cansarse aquel tenue velo que a un tiempo le oculta y le descubre el amor de su Salvador; tiene necesidad de permanecer largo tiempo ante la Hostia consagrada y de tomar a la vista de la humildad de Dios una actitud de profundísimo y humildísimo respeto" ³⁴.

¿Qué descanso tan específicamente sacerdotal como el trato íntimo, la conversación sosegada con el Sumo y Eterno Sacerdote recibido en la comunión o presente en el sagrario? Agrada a nuestro divino Redentor, después de dársenos en la Eucaristía "dialogar con nosotros de alma a alma y ofrecernos refugio en su abrasado Corazón" ³⁵.

Un admirable símbolo de este descanso lo tenemos en san Juan, amorosamente reclinado en el pecho del divino Maestro, durante la cena pascual. Banquete y conversación entrañablemente íntima, Eucaristía y oración. He aquí los dos ingredientes esenciales del descanso, que hace al sacerdote olvidar los sinsabores de su duro trabajo y repara sus fuerzas para poder decir gozosamente con san Pablo: "en todas las cosas vencemos por Aquel que nos amó" ³⁶.

El descanso del recogimiento en compañía de Aquel que nos amó y nos ama, deja en el alma un profundo sentimiento de serenidad y placer: "toda oración lleva en sí una dulzura, un consuelo y un apaciguamiento. Libera al hombre de los impedimentos terrestres y le hace alcanzar la serenidad del mundo sobrenatural. Le ofrece la consoladora conciencia de tener un Padre y un Amigo divino: este pensamiento alivia sus penas y reafirma su confianza...

¡Cuán suavemente verdadero es este aspecto de la contemplación, esta plegaria perfecta que introduce al hombre

34. Pío XII, *Alocución a los Adoradores del Smo. Sacramento*, 31-5-1953: AAS 45, pp. 416-417.

35. Pío XII, *Mediator Dei*: AAS 39 (1947) 567.

36. Rom. 8, 37.

en la intimidad del Señor y que transfigura su vida! El que ha descubierto los altos caminos de la oración se ha establecido en el reino de Dios.

¿Qué no será la felicidad de quien ha establecido su morada junto al que es todo amor? ¿Quién podrá expresar su paz, sus alegrías incesantemente renovadas, el gozo de sus despertares, la dulzura de la divina presencia, los esplendores que iluminan su alma? Ama y se sabe amado y aquel a quien ama y por quien es amado es la suprema belleza, objeto último de todo deseo.

Desde aquí, en la tierra, de corazón a corazón con el eterno Bien amado, su vida está ya en el cielo. Y caminando sobre la tierra sin pertenecer a la tierra, en una real indiferencia por los bienes inferiores, se halla inmunizado contra la tristeza. Ninguna cosa puede molestarle, porque su morada está por encima de las cosas" ³⁷.

Las consideraciones precedentes nos hacen ver cuán profunda y verdaderamente esencial es la armonía entre vocación al sacerdocio y vida de oración. La Eucaristía, en torno a la cual gira todo el sacerdocio, pide no sólo ser consagrada, sino ser vivida, pues para que viviéramos la instituyó Jesucristo.

c) *La oración, estímulo para la santificación del sacerdote.*

Pío XII habla de "la equivalencia y casi sinonimia entre sacerdocio y santidad" ³⁸. La santidad "es el elemento primario para hacer del sacerdote un perfecto instrumento de

37. M. Lekeux o. f. m., *El arte de orar*. Versión del francés por Fernando Gutiérrez, p. 20. Barcelona, Herder, 1959.

38. Pío XII, *Alocución preparada* —no pronunciada— para ser dirigida el 19-10-1958 a los alumnos del Seminario Regional de Apulia: AAS 50, p. 969.

Cristo, puesto que el instrumento es tanto más perfecto y eficaz cuanto está más estrechamente unido a la causa principal, que es Cristo" ³⁹. "El carácter sacramental del orden sella por parte de Dios un pacto eterno de su amor de predilección, que exige de la criatura escogida la contraprestación de la santidad" ⁴⁰.

En el proceso de acercamiento a Jesucristo para recibir de El el sacerdocio, para mantenerlo después y ejercerlo de una manera digna, "el primer deber" que se presenta es "el deber de alcanzar la propia santificación" ⁴¹.

¿Existe alguna relación entre este "primer deber" y la oración? San Pío X dio una luminosa y tajante respuesta: "Oración y santidad están unidas tan estrechamente que no puede darse la una sin la otra" ⁴². El mismo santo Pontífice llora amargamente el triste estado de aquellos sacerdotes que "devorados por el ansia de ponzoñosas novedades... consideran perdido el esfuerzo puesto en meditar y orar" ⁴³. "La Iglesia —dice Pío XII—, para estimularnos a buscar cada día más ardientemente la santidad... nos exhorta primeramente a la práctica de la santa meditación" ⁴⁴. En cuanto a Juan XXIII, baste recordar el extenso párrafo a que hace referencia la nota segunda de este trabajo.

Está, pues, claro que el sacerdote tiene sobre sí el gran deber de la santificación personal y que la santidad es inseparable sin vida de oración. Bajo cualquier aspecto que

39. Pío XII, l. c., en la nota anterior.

40. Pío XII, l. c., p. 966.

41. Pío XII, *Menti Nostrae*: AAS 42, p. 677. Juan XXIII, *Sacerdotii Nostri primordia*: lb., 51, p. 575.

42. "Sane precationem inter et sanctimoniam is necessario intercedit usus, ut altera esse sine altera nullo modo possit" (Haerent animo: ASS 41 (1908) 564.

43. L. c., p. 568.

44. Pío XII, *Menti Nostrae*: AAS 42 (1950) 671-672.

miremos las cosas, vocación sacerdotal y vida de oración son inseparables.

Nos encontramos ante una verdad tan patente que, si se miran las cosas con serenidad, es superfluo todo esfuerzo por demostrarla. Los ejemplos de Jesucristo y de los Apóstoles son tan claros que sólo esperan de nosotros una firme voluntad de seguirlos. Pero los tiempos en que vivimos, nada propensos a la sosegada interioridad de la oración, hacen obligada la insistencia sobre este punto, pues no han faltado repetidas tentativas de eliminar esta práctica en nombre de una presunta "santidad de la acción", más apropiada, según se dice, para formar los hombres "dinámicos" de que necesita el mundo actual. Se piensa que el descubrimiento y asimilación de lo sobrenatural es una empresa parecida a los descubrimientos y conquistas humanas. Lamentable equivocación, en que se refleja una vez más el "naturalismo" de los tiempos. "El ruido, la agitación, la prisa, pierden aquí todos sus derechos. Se trata de entrar en el santuario interior, en la calma y en el silencio y, sobre todo, de esperar paciente y humildemente la gracia de lo alto, de aceptar la voluntad de Aquel Otro; del que decía Juan Bautista: *es necesario que El crezca y yo mengüe* (Jn. III, 30). ¿Cuántos tienen el valor de entregarse a la oración cotidiana y prolongada, único camino que conduce a la presencia de Dios?"⁴⁵.

Si es reprobable el intento de suprimir la oración, lo es igualmente el comportamiento de aquel sacerdote que —como decía San Pío X— se dedica o finge dedicarse "a la oración más por costumbre que por celo, que a ciertas horas

45. Pío XII, *Alocución al XIII Congreso Internacional de la Federación Mundial de Juventudes Femeninas Católicas*, 3-4-1956: AAS 48, p. 274.

señaladas salmodia somnoliento o recita unas breves plegarias" 46.

La oración que proponemos es una oración que establece comunidad de vida del sacerdote con Cristo, su modelo. Es un error pensar que el sacerdote por el solo hecho de ser ordenado y recibir los "poderes" sacerdotales queda ya vitalmente adaptado a las virtudes que adornan el alma de Jesucristo. Los "poderes" están reclamando esa adaptación, pero no la realizan, por sí solos. Es necesario que vengn la oración en su ayuda. ¿Cómo se la presta?

¿Cómo la oración contribuye a la santificación?

"La Iglesia —dice Pío XII— nos exhorta ante todo a la meditación que eleva las almas a la contemplación de las cosas celestiales, la guía hacia Dios y las hace vivir en aquella atmósfera sobrenatural de pensamientos y de hechos que constituye la mejor preparación para la santa misa y la acción de gracias más fructuosa...

El sacerdote debe tender continuamente a reproducir en sí mismo las virtudes del Redentor. Pero del mismo modo que el sustento material no alimenta la vida ni la sostiene si no es convenientemente asimilado, tampoco puede adquirir el dominio de sí mismo y de sus sentidos, ni purificar su espíritu, ni tender como debe a la virtud, ni cumplir, en fin, con animosa fidelidad y fruto los deberes de su sagrado ministerio, si no ha profundizado con meditación asidua e incesante los misterios del divino Redentor, modelo supremo de la vida sacerdotal y fuente inagotable de santidad" 47.

Dos son, en substancia, las razones alegadas en este pasaje para mostrar la necesidad de la oración: Primera, la necesidad de crear en el alma del sacerdote una atmósfera

46. San Pío X, *Haerent animo*: ASS 41 (1908) 564.

47. Pío XII, *Menti Nostrae*: AAS 42 (1950) 672.

sobrenatural que oriente todos sus pensamientos y afectos hacia el sacrificio de la misa, para celebrarlo dignamente y para dar después las debidas acciones de gracias. Segunda, la necesidad de imitar a Jesucristo, modelo supremo de vida sacerdotal, y apropiarse cada uno de sus misterios. Como todos los misterios de Cristo se orientan hacia su muerte redentora y en ella encuentran la consumación de su eficacia salvífica, bien podemos decir, para los fines prácticos de nuestro razonamiento, que la imitación de Jesucristo se compendia en la imitación del misterio de su muerte. Con esto no hacemos más que seguir el ejemplo de san Pablo, el cual se gloriaba de no saber más que a Cristo, "y a éste crucificado" ⁴⁸.

Sin vida de oración es enteramente imposible envolver el alma en una atmósfera sobrenatural y llegar a la imitación profunda de la muerte de Jesucristo, hasta el punto que se pueda decir que el sacerdote ha convertido esa muerte en el misterio de su propia vida, o que ha volcado su propia vida en la muerte de Cristo.

Se crea una atmósfera sobrenatural, cuando el hombre habitualmente se eleva a Dios mediante la inteligencia y la voluntad, para ver las cosas y juzgarlas a lo divino y para no sentir hacia ellas otros afectos de atracción o repulsión que la atracción o repulsión según Dios. Pero en esto consiste precisamente la oración, en elevarnos por nuestras facultades espirituales a Dios.

Si un acto de elevación a Dios por la oración es fácil, no se puede decir lo mismo del estado habitual de oración. Para ello se requiere un esfuerzo continuado y perseverante, que venza las mil resistencias opuestas por la naturaleza y reforzadas por nuestros enemigos exteriores: el mundo y el demonio.

48. I Cor. 2, 2.

Por otra parte, el estado de unión con Dios implicado en la santidad, es incomprensible sin la habitual facilidad para elevarse a El y que sólo puede obtenerse por el ejercicio de la oración. Oración y santidad son enteramente inseparables. "Es necesario —decía san Pío X— que el sacerdote tenga facilidad de elevarse y recogerse en las cosas divinas como quien debe encontrar en ellas su deleite, predicarlas y aconsejarlas, como quien debe llevar una vida tan sobre lo humano que cuanto se refiere a su misión lo ejecute según Dios, dejándose guiar por la fe.

Ahora bien, nada tan eficaz para producir y mantener esta disposición de ánimo, esta especie de connatural unión con Dios, como la meditación diaria: lo cual es hasta tal punto evidente a cualquier hombre sensato, que no hay necesidad de insistir más en ello" ⁴⁹.

De modo semejante, podemos razonar sobre la configuración con el misterio de la muerte de Cristo. Es un misterio que, como toda la vida del Señor, está lleno de eficacia para santificar las almas. Pero esa eficacia no se ejerce de una manera mecánica. Necesita encontrar en el sacerdote la disposición apropiada, que sólo puede consistir en un esfuerzo de la mente y de la voluntad para vivir de aquellos pensamientos y afectos que inspiraron a Jesucristo su muerte redentora. En otros términos, es necesario acercarse a Jesucristo por la oración, aplicando la mente a considerar los planes de Dios tal como se revelan en Cristo e inflamando la voluntad en amor para corresponder a la infinita caridad que se nos descubre en la muerte de Nuestro Señor. Es, sin duda, la caridad la virtud unitiva por excelencia. Pero la caridad, si es auténtica, impulsa infaliblemente a la oración y se sustenta de ella. ¿No es propio de la amistad buscar la presencia del amigo, conversar con él lo más largamente

49. San Pío X, *Haerent animo*, l. c., p. 566.

posible, deleitarse en su compañía? Y cuando se busca la presencia de Cristo crucificado, se conversa largamente con El y se encuentra deleite en su compañía, ¿qué otra cosa se hace sino una muy perfecta oración? Mas si todo esto falta o se da en muy escasa medida, no se podrá decir que el alma siente un hondo amor a Cristo crucificado.

A su vez, la caridad se nutre de la oración, porque el trato y convivencia de los amigos hace que esa amistad sea cada vez más fuerte. "Vuestros ejercicios de piedad —decía Pío XII— estarán animados por el íntimo fervor de la caridad, si sois fieles a la oración mental prolongada, como la prescriben para cada día las santas Reglas de vuestra Orden" ⁵⁰.

Oración y meditación.

Cuanto más intensamente se apriete la inteligencia y la voluntad a situarse en Dios y a reproducir en el alma sacerdotal el misterio de la muerte de Cristo, tanto más perfecta será la oración y más rápido el proceso de santificación. De suyo, la oración que llamamos mental o también *meditación* —tomando el término en sentido amplio—, es la que supone un mayor esfuerzo espiritual de acercamiento a Jesucristo y a sus misterios. Sin el ejercicio específico de esta práctica es imposible que nuestras facultades espirituales tengan agilidad para remontarse hasta Dios y mucho menos que permanezcan situadas en El habitualmente. Y faltando la facilidad para elevarse a Dios, falta el alma de la oración. La recitación de fórmulas escritas, sin excluir el oficio divino, se convierte irremediabilmente en huerá verbosidad, que de oración no tiene nada o casi nada, como ya

50. Pío XII, *Alocución a la Congregación General de la Compañía de Jesús*, 10-9-1957: AAS 49, p. 810.

hemos recordado antes con palabras de san Pío X. La misma celebración de la misa queda reducida a puro rito objetivado, lleno ciertamente de vida en su interior, pero del que no se obtiene apenas ningún provecho, porque el alma no sabe acercarse con sus actos vitales al misterio que allí se encierra.

A la luz de estos razonamientos comprendemos sin dificultad una afirmación de Pío XII, que consideramos capital en esta materia: "La peculiar eficacia de la santa meditación no puede lograrse por otro procedimiento y, por lo mismo, su práctica diaria no puede ser suplida con nada" ⁵¹. Juan XXIII insiste en lo mismo con más fuerza todavía: "La oración del sacerdote prolongada durante largo tiempo —*diutissime* producta— ante el adorable Sacramento del Altar tiene una tal importancia y eficacia que ésta no puede lograrse ni suplirse con ningún otro medio" ⁵². Nada extraño, según esto, que Pío XII, en el mismo lugar antes citado, declare que siente sobre sí "el grave deber de exhortar a los sacerdotes a la práctica de la meditación diaria". En realidad este deber va incluido en el de procurar la santificación de los sacerdotes que, no cabe duda, es un deber grave en el Romano Pontífice.

Una confirmación negativa.

Tanto san Pío X como Pío XII ven una confirmación experimental del nexo que une inseparablemente la santidad del sacerdote con la vida de oración en el comportamiento de aquellos sacerdotes, que abandonan o descuidan esta saludable práctica. "Una confirmación de cuanto hemos dicho —habla san Pío X— nos la ofrece la vida de aquellos

51. Pío XII, *Menti Nostrae*, l. c., p. 672.

52. Juan XXIII, *Sacerdotii Nostri primordia*: AAS 51 (1959) 562.

sacerdotes que desestiman o aborrecen la meditación de las cosas divinas. Un bien tan estimable como el *sentido de Cristo* languidece en ellos, están enteramente dados a lo terreno, buscan cosas vanas y las que hablan son más vanas todavía; se acercan a las funciones sagradas con flojedad, llenos de una frialdad glacial, indignamente acaso.

Antes, recién ordenados, preparaban el espíritu diligentemente para el rezo del oficio por no ser semejantes a quien tiente a Dios; fijaban el tiempo más oportuno para ello y buscaban un solitario retiro; ponían empeño en penetrar los misterios de Dios, le ofrecían alabanzas, suspiraban, se regocijaban, expansionaban su espíritu con el Salmista. Pero ahora, ¡cómo han cambiado!... Casi nada les queda de la encendida piedad que mostraban hacia los divinos misterios (la misa). ¡Cuán agradable les era antes el templo! Su espíritu se regocijaba viéndose junto a la mesa del Señor y llamando a otras muchas almas piadosas para participar en ella. Antes de celebrar el santo sacrificio, ¡qué limpieza de alma y qué abrasadas súplicas! ¡Cuánta reverencia en su celebración y cuánta exactitud en las sagradas ceremonias! ¡Qué acciones de gracias tan sentidas y cómo se difundía en el pueblo el buen olor de Cristo!... Recordad, os lo rogamus, hijos carísimos, recordad aquellos primeros días (Heb. X, 32); entonces el alma era fervorosa, nutrida como estaba con el alimento de la santa meditación" ⁵³.

De modo más breve, Pío XII repite sustancialmente lo mismo. "Así como el estímulo para la perfección sacerdotal es alimentado y reforzado por la meditación diaria, así el descuido y el olvido de esta práctica es origen de la tibieza de espíritu, con lo que la piedad languidece, y no sólo cesa o se retarda el impulso hacia la santidad, sino que todo el ministerio sacerdotal sufre no leves quebrantos" ⁵⁴.

53. San Pío X, l. c., p. 567.

54. Pío XII, *Menti Nostrae*, p. 672.

"Así como la vida de Nuestro Salvador estuvo toda ella orientada hacia la inmolación de sí mismo; de igual modo, la vida del sacerdote, el cual debe reproducir en sí la imagen de Cristo, ha de convertirse en sacrificio grato a El, con El y por El" ⁵⁵. "El sacrificio eucarístico es para el sacerdote, durante toda la vida, el principio y la fuente de santificación personal" ⁵⁶, porque "los sacerdotes, cuando en nombre de Jesucristo, consagran en la misa el pan y el vino que se convierten en su Cuerpo y Sangre, pueden beber en la fuente misma de la vida sobrenatural tesoros inagotables de salvación y alcanzar todas las gracias que les sean necesarias" ⁵⁷.

Si el sacrificio de la misa es el centro de toda la vida cristiana, mucho más de la vida sacerdotal. El sacerdote es consagrado primariamente para dar culto a Dios e interceder por los hombres mediante la celebración del sacrificio eucarístico. Aquí está toda su razón de ser en cuanto sacerdote. Y en cuanto hombre. Porque la vocación sacerdotal asume al hombre entero, orientando toda su vida y toda su actividad hacia la inmolación con Cristo en la misa.

Pero al mismo tiempo que hombre del sacrificio, el sacerdote es también, aunque no en idéntica medida, el hombre de la oración. Repetidas veces hemos afirmado que la vida de oración va implicada en la vocación sacerdotal. Sacrificio y oración son dos notas esenciales del sacerdocio; con esta notable diferencia, que el poder de ofrecer el sacrificio va vinculado a un carácter sacerdotal indeleble y la oración es un acto que Dios pide por la llamada, pero que, en definitiva,

55. Pío XII, l. c., p. 666.

56. Juan XXIII, *Sacerdotii Nostrí primordia*, l. c., p. 563.

57. Pío XII, l. c., p. 666.

depende de la buena voluntad del sacerdote. Ningún peligro puede amenazar al carácter sacerdotal; la oración en cambio, está sujeta a todos los vaivenes de la pobre voluntad humana.

Para penetrar hasta la raíz de la vocación sacerdotal, no basta con haber demostrado que implica como notas esenciales el poder de ofrecer el sacrificio y la vida de oración. Es necesario sintetizar estas dos funciones y reducir las a una cierta unidad. Con ello lograremos un esclarecimiento doctrinal y, al mismo tiempo evitaremos posibles incomprensiones del problema de la oración. Para el mismo sacerdote es importante reducir su vida a unidad y liberarse de una concepción dualista o pluralista de su propia vocación.

¿Cómo hacer la síntesis? Ante todo, es preciso no caer en la tentación de resolver el problema negando uno de los extremos. Es evidente que si se suprime el sacrificio de la misa, desaparece el sacerdocio, que consiste precisamente en la potestad de sacrificar. Eliminando la oración sobrevienen los gravísimos males que san Pío X lamenta tan amargamente en el extenso párrafo que hemos transcrito antes.

Las dos cosas han de ser mantenidas íntegramente. Pero, puesto que la vocación sacerdotal es una, en ella hemos de encontrar el principio de unidad y de síntesis. Entre los diversos actos que cabe distinguir en la vocación sacerdotal, el más importante, sin duda posible, es el de sacrificar. Luego todo lo demás ha de ser mirado en orden al sacrificio; en él ha de tener su origen y a él deberá finalmente conducir. Todo cuanto brote del sacrificio de la misa y conduzca a él es plenamente sacerdotal; forma parte de la vocación por la que Dios hace a un hombre ministro suyo; no puede ser considerado como adición postiza, introducida por los gustos de una época o por la voluntad de los hombres.

Pero, ¿qué es lo que brota del sacrificio de la misa y conduce a él? El sacrificio de la misa —dice Pío XII— pide al sacerdote "no sólo celebrarlo, sino también vivirlo en una profunda intimidad, pues de este modo es como puede alcanzar aquella fuerza sobrenatural que lo transforme totalmente y lo haga participar en la vida victimal del Divino Redentor... Es, pues, necesario que el alma sacerdotal produzca en sí lo que se realiza sobre el altar; es decir, que así como Jesucristo, se inmola, así también se inmole con El su ministro" ⁵⁸.

Juan XXIII nos señala el camino concreto para conseguir esta identificación victimal con Jesucristo. No es otro que la "constante comunicación de pensamiento, de afecto y de palabra con Jesús bendito" hasta hacer que el altar sea "el punto de atracción de los ojos y del corazón" ⁵⁹.

La identificación victimal con Jesucristo es imposible sin una profunda comunión de vida con El, con sus pensamientos y con sus afectos. El carácter sacerdotal da un poder; pero ese poder no es vida del alma; puede poseerse indignamente y ejercerse con sacrilegio. Es necesario el esfuerzo de la virtud, que nos mantenga en íntima comunicación con Jesucristo, en coloquio prolongado, en oración intensa, capaz de reunir todos nuestros pensamientos y afectos para entregárselos íntegramente a El. En una palabra, se necesita vivir en "constante comunicación de pensamiento, de afecto y de palabra con Jesús bendito". No otra cosa es la oración.

Todo lo dicho anteriormente sobre la estrecha relación entre santidad y oración del sacerdote y sobre los gravísimos males que para éste representa el abandono de la oración,

58. Pío XII, l. c., p. 667.

59. Juan XXIII, *Alocución al clero romano*, 25-11-1960. AAS, LII (1960), 971.

nos excusa de una mayor insistencia sobre el particular. Va todo incluido en la consigna de Pío XII: "no sólo celebrar la misa, sino también vivirla".

Sacerdocio victimante.

Jesucristo es sacerdote y víctima. Pero sacerdocio y victimación no son dos realidades meramente coexistentes en Jesucristo. Su vocación sacerdotal lo destina a ser El la víctima de su propio poder de sacrificar. Y como la inmólación de la víctima es el fin de toda la actividad del sacerdote en cuanto tal, Jesucristo, que entra en el mundo como Sacerdote del Padre para ofrecerle el único culto grato a El ⁶⁰, orienta toda su vida hacia la inmólación de sí mismo ⁶¹. El sacerdocio de Jesucristo es un sacerdocio victimante.

La victimación de Jesucristo no fue un simple fenómeno acaecido en la cruz, fue una misión a la que El se consagró de modo plenamente consciente y voluntario; fue la gran vocación que El vivió a todo lo largo de su vida. Absolutamente hablando, era posible al Verbo asumir una humanidad desprovista de toda perfección sobrenatural inherente, es decir, falta de toda gracia creada que informase intrínsecamente su alma y de todas las virtudes que elevan las potencias. Pero esto no ocurrió. La gracia descendió sobre El con toda plenitud; y le fue comunicada precisamente como "exigencia", si cabe hablar así, de su vocación de Sacerdote redentor ⁶². En Jesucristo, por consiguiente, sacerdocio, victimación y vivencia de la victimación son realidades unificadas y vivificadas por un principio interno que es su vocación sacerdotal.

60. Cf. Hebr. 10, 5-10.

61. Pío XII, *Menti Nostrae*, p. 666.

62. Cf. III, 7, 1.

Si estas realidades son inseparables en el sacerdocio de Jesucristo, también lo son, según el plan de Dios, en el sacerdocio nuestro. En Jesucristo, por razón de su absoluta impecabilidad, no existía ningún peligro de ruptura o de oposición al llamamiento divino; en nosotros el peligro existe, y, desgraciadamente, muchas veces nos hace sucumbir. Pero todas nuestras caídas no son capaces de invalidar la fuerza imperiosa de la vocación. La llamada divina, por la que un hombre entra a participar en el sacerdocio de Jesucristo, pide la coinmolación del sacerdote ministerial con el Sacerdote principal. Ya hemos visto anteriormente ⁶³ que el sacrificio de la misa reclama por su propia naturaleza la victimación del sacerdote celebrante. Vimos también que la victimación es imposible sin vida de oración. La oración está implicada en el sacerdocio victimante que participamos de Cristo.

De todo esto se deduce una conclusión que consideramos importante. El poder de sacrificar y la vida de oración no son realidades meramente coexistentes; están enlazadas entre sí por un nexo de originación interna. El poder de celebrar la misa tiende por propia naturaleza a producir en el sacerdote la vida de oración, en la que encuentra su propia atmósfera vital, la única capaz de hacerlo aparecer ante el mundo como lo que verdaderamente es: un poder del todo sobrenatural y divino. A esta luz se comprende perfectamente la profunda unidad de la vocación sacerdotal en sí misma y la que por propia naturaleza tiende a producir en la vida del sacerdote.

Cuando decimos que el sacerdote es el hombre del sacrificio y de la oración, es necesario saber superar el dualismo verbal del enunciado, remontándose a la pura y simple unidad de la vocación sacerdotal.

63. Véanse los textos a que hacen referencia las notas 55 y 58.

Después de todo esto no puede sorprendernos la insistencia casi machacona con que los Papas hablan de la esterilidad de toda vida sacerdotal, cuando se la priva del sostén de la oración. Si se cortan las raíces el árbol se seca. Ningún sacerdote puede atentar impunemente contra la naturaleza de su propia vocación.

Altar y tabernáculo.

La vocación sacerdotal se adueña del hombre todo entero. Toda su actividad es asumida por el llamamiento divino que la dirige a su propio fin, el de hacer un digno ministro de Dios.

Lo que se dice de la actividad en general, es válido para la oración. Cualquier acto de oración cae totalmente dentro del ámbito de la vocación sacerdotal.

Sin embargo, creemos que se puede hablar de una oración más típicamente sacerdotal. Es la oración eucarística, el coloquio íntimo con Jesucristo presente en el Santísimo Sacramento. "No se da perfección, ni verdadero amor de Dios y de Cristo sin una profunda devoción a la Eucaristía, que es la vida de todos los fieles, pero especialmente de los sacerdotes" ⁶⁴. "La oración del sacerdote prolonga durante largo tiempo ante el adorable Sacramento del Altar tiene una tal importancia y eficacia que ésta no puede lograrse ni suplirse por ningún otro medio... Una fervorosa, intensa y eficiente piedad eucarística logra infaliblemente que el sacerdote sostenga y acreciente la perfección interior de su propia alma" ⁶⁵.

A esto se añade el gran valor de ejemplaridad: "Un sa-

64. Juan XXIII, *Alocución a los sacerdotes italianos de la Unión Misional del Clero*, 12-3-1959: AAS 51, p. 201.

65. Juan XXIII, *Sacerdotii Nostri primordia*: AAS 51 (1960) 562.

cerdote arrodillado ante el sagrario en actitud reverente y con profundo recogimiento es para el pueblo un modelo de edificación" ⁶⁶.

La eucaristía es lo más específicamente sacerdotal. Para consagrarla y repartirla a los fieles se recibe el sacerdocio. Un sacerdocio desvinculado de la eucaristía sería la negación de sí mismo.

Pero las relaciones del sacerdocio con la eucaristía no se agotan por la sola celebración de la misa y distribución de la comunión a los asistentes. La Iglesia pide tanto al sacerdote que celebra como al fiel que comulga una fervorosa y prolongada acción de gracias por la merced recibida ⁶⁷; lo contrario sería una ingratitud ofensiva para Dios y perniciosa para el celebrante o comulgante, porque los actos personales de uno y otro "son enteramente necesarios —"omnino necessarii sunt"— para participar con plenitud los tesoros sobrenaturales en que abunda la Eucaristía" ⁶⁸.

La Iglesia conoce, además, y hace suyo todo un culto eucarístico de adoración, como la más fiel respuesta al amor de Jesucristo, que quiso quedarse permanentemente en este Sacramento. "Cuando la Iglesia nos manda adorar a Cristo oculto bajo los velos eucarísticos y pedirle aquellos bienes celestiales y terrenos de que siempre andamos necesitados, patentiza su fe viva en la presencia de su divino

66. Pío XII, *Alocución a los párrocos y predicadores cuaresmales*, 13-3-43: AAS 35, pp. 114-115.

67. La encíclica *Mediator Dei* rechaza enérgicamente los conatos de suprimir la acción de gracias después de la misa y de la comunión en nombre de un liturgismo mal entendido (Cf. AAS 39 (1947) 566-568).

68. Pío XII, *Mediator Dei*, l. c., p. 567. Los "actos" de que se trata son determinadamente los actos mediante los cuales se dan gracias a Dios, no los actos que acompañan la sunción de la Eucaristía.

Esposo bajo aquellos velos, le muestra su gratitud y goza de su íntima familiaridad...

Estos ejercicios de devoción contribuyeron de modo admirable a robustecer la fe y la vida sobrenatural de la Iglesia militante, la cual, al obrar así, hace eco, en cierto modo, a la Iglesia triunfante que eleva ininterrumpidamente el himno de alabanza a Dios y al Cordero "que fue sacrificado" (Apoc. V, 1). Por esto la Iglesia no sólo aprobó, sino que hizo suyos y confirmó con su autoridad estos devotos ejercicios, extendidos por doquier en el transcurso de los siglos. Nacen del espíritu de la Sagrada Liturgia, y por eso siempre que son practicados con el decoro, la fe y la devoción que exigen los sagrados ritos y las prescripciones de la Iglesia, contribuyen indudablemente en alto grado a vivir la vida litúrgica" ⁶⁹.

El alma que ha comprendido el amor de su divino Maestro —dice Pío XII en otra parte—, "tiene necesidad de contemplar sin cansarse aquel tenue velo que, a un tiempo, le oculta y le descubre la caridad de su Salvador; tiene necesidad de permanecer largo tiempo ante la Hostia consagrada" ⁷⁰.

Es penoso comprobar que ni la insistencia de la encíclica *Mediator Dei* sobre este punto, ni lo que ya antes había enseñado el Concilio de Trento, ha sido suficiente para traer al recto camino a ciertos liturgistas empeñados en ver incompatibilidad entre el "altar" y el "tabernáculo", entre la oblación de la misa y el culto eucarístico de adoración al Señor presente en el Sagrario. Pío XII en otro importante documento de su vastísimo Magisterio, vuelve a llamar la atención sobre este punto. "Un solo y mismo Señor es quien

69. Pío XII, *Mediator Dei*, pp. 569-570.

70. Pío XII, *Alocución a los adoradores del Santísimo Sacramento*, 31-5-1953: AAS 45, pp. 416-417.

se inmola en el Altar y quien es honrado en el tabernáculo y quien desde allí reparte sus bendiciones. Si se estuviera bien convencido de ello, desaparecerían muchas dificultades, se evitaría exagerar la significación del uno en detrimento del otro, y cesaría la oposición a las decisiones de la Santa Sede ⁷¹.

Se indigna uno al ver que es necesario pedir a sacerdotes que no se empeñen en apartar a las almas del trato con Cristo presente en el sagrario ⁷², cuando son ellos quienes deben procurar que los fieles, "llegados cada vez más numerosos a los pies del Salvador, escuchen su dulcísima invitación: *venid a mí todos...*" ⁷³.

El "altar" y el "tabernáculo", la celebración del sacrificio y el culto de adoración al Sacramento, son inseparables. Es el Señor mismo, centro del culto cristiano en su propia persona, "quien unifica las relaciones del altar y del tabernáculo y les imprime su verdadero sentido. Primeramente el Señor se hace presente en la Eucaristía por el sacrificio del altar; pero El mismo no está en el tabernáculo más que como "*memoria sacrificii et passionis suae*". Separar el tabernáculo del altar es separar dos cosas que deben estar unidas por su origen y por su naturaleza" ⁷⁴.

Detrás de estos intentos "separatistas" se ocultan dos serios peligros denunciados por Pío XII. Primero, que se exalta la importancia del sacrificio del altar "rebajando la gran-

71. Pío XII, *Alocución al Congreso Litúrgico de Asís*, 22-9-1956: AAS 48, p. 721.

72. L. c., p. 723.

73. Pío XII, *Mediator Dei*, p. 571.

74. Pío XII, *Alocución al Congreso Litúrgico de Asís*, p. 722. El principio de inseparabilidad es válido primero en el orden de las ideas y después en el orden de las realizaciones materiales. El tabernáculo debe estar en el altar y destacarse bien. En ocasiones, por desgracia, fue literalmente "arrinconado".

deza de Aquél que lo realiza" ⁷⁵. En segundo lugar —y esto es más grave— se oscurece un principio eucarístico tan importante como es el de la plena identidad entre el Cristo que diríamos histórico muerto en la cruz y el Cristo presente en el sagrario, gloriosamente reinante en el cielo ⁷⁶. Cualquiera atentado contra esta identidad va directamente contra la esencia misma de la Eucaristía en su doble modalidad de sacrificio y sacramento. Y así, lo que a primera vista parecería ser la suma exaltación del sacrificio de la misa, se convierte en amenaza para su misma realidad. De hecho, Pío XII, en su ya citada Alocución al Congreso Litúrgico de Asís, se vió en la necesidad de rebatir una teoría que, por no comprender la identidad entre el Cristo eucarístico y el Cristo del cielo, niega prácticamente la presencia real del Señor en la Eucaristía ⁷⁷. Negada esta presencia, el sacrificio de la misa desaparece.

Es, pues, necesario mantener firmemente la inseparabilidad de "altar" y "tabernáculo", de oblación sacrificial y de culto de adoración. Porque si no se ha llegado siempre a las últimas consecuencias implicadas en la separación, el principio de donde parte es totalmente falso.

El sacrificio de la misa y su participación por la comunión reclaman como complemento el culto de adoración a Jesucristo presente en el sagrario, porque allí se conserva de modo permanente *la memoria de su sacrificio y de su pasión*. Es reprehensible que alguien se pase su tiempo ante el sagrario por razones sentimentales, o por cumplir un número del programa, o por otros motivos igualmente inconsistentes. Pero tampoco se puede aprobar el razonamiento de quienes combaten la visita al Santísimo, y, en general,

75. L. c., en la nota anterior.

76. Cf. *Mediator Dei*, p. 570.

77. Cf., l. c., p. 720.

la oración ante el sagrario fundándose en que algunas personas la hacen por motivos injustificados.

Lo razonable será hacer la oración eucarística y practicar el culto de adoración por el verdadero motivo, o sea, porque allí, en el sagrario, está presente Cristo bajo los símbolos que nos recuerdan su pasión y muerte. Ninguna otra forma de oración se halla tan cercana al sacrificio de la misa como ésta, pues nada tampoco existe tan próximo a la Eucaristía en cuanto sacrificio como la misma Eucaristía en cuanto sacramento. Y no debemos olvidar que la Eucaristía es sacramento permanente, contiene realmente a Jesucristo no sólo en el momento de la comunión, sino mientras se conservan las especies ⁷⁸.

Quien se acerca al sagrario viéndolo como lo que efectivamente es: *memoria de la pasión y muerte de Cristo*, está en las mejores condiciones para apropiarse con plenitud los frutos del sacrificio de la cruz y de su renovación en la misa. A través del sagrario, el alma centra toda su vida en la pasión y muerte de nuestro Señor. Y con esto el sacrificio de la misa no sólo no pierde nada, sino que adquiere mucho mayor relieve en la vida del cristiano y de la Iglesia entera, porque a través del sagrario irradia su luz y su eficacia santificante.

Estando todo el culto cristiano centrado en el sacrificio, no se puede decir que las prácticas de adoración eucarística sean contrarias a la liturgia. ¿Cómo podrá ser contrario a la liturgia lo que fomenta un más inmediato acercamiento del alma al sacrificio del altar? Más bien debemos afirmar con Pío XII que las prácticas de adoración, si se hacen conforme a la mente de la Iglesia, "nacen del espíritu de

78. Cf. Concilio Tridentino: Dz. 886. Pío XII se ve obligado a insistir también sobre este punto en su Alocución al Congreso de Asís (l. c., pp. 719-722).

la Sagrada Liturgia" y "contribuyen en alto grado a vivir la vida litúrgica" ⁷⁹.

Si para todo cristiano es importante centrar su vida en el sacrificio de la misa, mucho más para el sacerdote. Para conseguirlo nada le ayudará tanto como la devota oración ante el sagrario. El vínculo que une objetivamente el "tabernáculo" con el "altar", moldea el alma del sacerdote hasta transformarle en un tabernáculo viviente, es decir: en un hombre cuya actividad y cuya vida entera se convierta en *memoria de la pasión y muerte de Cristo*. Entonces y sólo entonces se podrá decir que el sacerdote hizo del sacrificio de la misa el centro de su propia vida.

El "tabernáculo" conduce al "altar". Pero también el "altar" conduce al "tabernáculo". Si de veras se ama el sacrificio de la misa, no se puede ser indiferente hacia su *permanente memoria*. Más bien el acercamiento libre y espontáneo al tabernáculo es prueba de que el sacrificio de la misa ocupa un puesto importante en la propia vida. Algo así como el amor al prójimo es manifestación y prueba del amor a Dios.

La inseparabilidad que existe objetivamente entre "tabernáculo" y "altar", esa misma, con la debida proporción, ha de existir subjetiva y psicológicamente entre el acto por el cual el sacerdote ora ante el sagrario y el acto de celebrar la misa. De este modo, la oración eucarística ante la *memoria de la pasión y muerte del Señor* se impregna connaturalmente del espíritu del sacrificio, es decir, se convierte por una especie de necesidad interna en preparación para celebrar el sacrificio o en acción de gracias por haberlo celebrado.

La oración eucarística, entendida como prolongación del sacrificio y preparación para él, es la que revela más cla-

79. *Mediator Dei*, p. 570.

ramente la interna unidad de la vocación sacerdotal. Por el hecho de que un hombre es llamado al sacerdocio para ofrecer el sacrificio a Dios en el altar, es llamado también para vivir la irradiación de ese sacrificio en el tabernáculo. Sacerdocio y oración se relacionan entre sí como altar y tabernáculo. Gozan de la misma inseparabilidad. Por eso —lo repetimos una vez más— el descuido de la oración, y más particularmente, la desestima de las prácticas eucarísticas, es un atentado contra el sacerdocio. Y así como las recientes tendencias a dejar el tabernáculo solitario en un "rincón" de la Iglesia ponen en peligro la misma presencia real de Cristo en la Eucaristía; así también el empeño que se pone en apartar al sacerdote del sagrario con pretextos pseudo-litúrgicos conduce fatalmente a vaciar el sacerdocio de su contenido sobrenatural, reduciéndolo a puro oficio de ejecutar ciertos ritos que resbalan sobre el alma en vez de vivificarla internamente.

Por este camino se va a un puro objetivismo reprobable y reprobado ya por la Iglesia. "Concluyen algunos que toda la piedad cristiana debe consistir en el misterio del Cuerpo Místico de Cristo, sin consideración ninguna del elemento "personal" o "subjetivo"; y por esto creen que se deben abandonar todas las prácticas religiosas que no son estrictamente litúrgicas y que se realizan fuera del culto público. Todos, sin embargo, podrán darse cuenta que... estas conclusiones acerca de las dos clases de piedad son completamente falaces, insidiosas y dañósísimas" ⁸⁰. "El liturgista más entusiasta y convencido ha de poder comprender y adivinar lo que representa el Señor en el tabernáculo para los fieles profundamente piadosos, sean ellos personas simples o cultas. Es su consejero, su consolador, su fortaleza, su refugio; su esperanza así en la vida como en la muerte.

80. Pío XII, *Mediator Dei*, p. 533.

El movimiento litúrgico, no contentándose con permitir a los fieles acercarse al Señor en el tabernáculo, ha de esforzarse por atraerlos cada vez en mayor número" ⁸¹.

Después de todos estos razonamientos comprendemos sin esfuerzo la verdad profunda de aquellas palabras del Papa Juan XXIII: "La oración del sacerdote porolngada durante largo tiempo —*diutissime producta*— ante el adorable Sacramento del Altar tiene una tal importancia y eficacia que ésta no puede lograrse ni suplirse por ningún otro medio" ⁸².

Por eso la Iglesia insiste en recomendar con el mayor interés las prácticas eucarísticas tradicionales: visita al Santísimo Sacramento, la oración de las cuarenta horas, la hora santa, la solemne conducción de la comunión a los enfermos, las procesiones del Santísimo Sacramento ⁸³.

Alimento y respiración.

Todo cuanto hemos venido diciendo para mostrar la interna armonía entre sacerdocio y oración, encuentra una bella y exacta formulación en una metáfora de Pío XII. "El alma no puede vivir sin respirar y sin alimentarse; la respiración del alma es la oración, su alimento es la Eucaristía" ⁸⁴. "La oración es la respiración del alma. Sin oración frecuente y fervorosa el alma queda anémica, la fe se debilita; la esperanza languidece y en el puesto de la caridad se asienta el egoísmo, como plomo en los corazones" ⁸⁵.

Respiración del alma. Nada tan exacto para definir la

81. Pío XII, *Alocución al Congreso de Asís*, pp. 722-723.

82. Juan XXIII, *Sacerdotii Nostri primordia*: AAS 51 (1959) 562.

83. Pío XII, *Alocución al Congreso de Asís*, p. 722.

84. Pío XII, *Alocución del día de Pascua* (13 de abril) de 1952: AAS 44, p. 370.

85. Pío XII, *Alocución a los directores de Asociaciones de Hijas de María*, 22-5-1952: AAS 44, p. 537.

importancia de la oración en la vida cristiana y más especialmente en la vida sacerdotal. La metáfora es también aptísima para situar la oración con relación a la Eucaristía. Por la Eucaristía el alma se alimenta, en la oración respira.

¿Continuaremos fingiendo oposiciones entre la misión eucarística del sacerdote en el altar y su vida de oración? ¿Es que el alimento resulta nocivo a la respiración o la respiración al alimento? Convengamos más bien que ambas funciones mutuamente se reclaman y complementan, como la misma naturaleza lo revela dentro de su orden.

Alimento y respiración. Es lo más gráfico y exacto que se puede pensar, cuando se intenta una síntesis del problema eucaristía-oración en la vida del sacerdote.

III. La oración en el ministerio sacerdotal

Por razones ajenas a nuestra voluntad, nos es imposible desarrollar esta última parte de nuestro trabajo. Prácticamente nos limitamos a trazar el esquema.

Si la oración es fundamental en la vida personal del sacerdote, no puede menos de tener una fuerte repercusión en su ministerio. Nadie puede obrar de modo distinto de como es.

El principio tradicional que coordina la oración y el ministerio fue expresado recientemente con mucha exactitud por los Obispos alemanes: "El mismo Dios quiere que colaboremos en la marcha del mundo no sólo por nuestra acción, sino también por nuestra oración" ⁸⁶. La práctica de la oración no presupone olvido de las necesidades del mundo, ni

86. Pastoral colectiva de los Obispos alemanes sobre el valor de la oración en la presente coyuntura de Alemania y del mundo. "Ecclesia" del 13-9-1958, p. 6b (286).

es una cobarde huida frente a una tarea que se presenta difícil; es una positiva colaboración a la gran empresa de hacer que las cosas del mundo se encaucen según la voluntad de Dios.

El desarrollo de nuestro plan comprendía los tres puntos siguientes:

- la oración prepara para el apostolado;
- la oración sostiene el apostolado;
- la oración es apostolado.

Ante la imposibilidad de un desarrollo proporcionado a la importancia de la materia, ofrecemos tan sólo alguna sugerencia sobre cada uno de los puntos mencionados.

a) *La oración, preparación para el apostolado.*

"La confianza orante en la providencia de Dios —dicen los Obispos alemanes— no es una almohada para justificar nuestra pereza, sino un llamamiento para despertar y obrar según la voluntad de Dios. Cada oración en las tribulaciones de estos tiempos se convierte en la pregunta dirigida a nosotros: ¿Qué puedes tú hacer y qué debes tú hacer para evitar en la medida de tus posibilidades la tribulación del mundo? Quien conozca las heridas abiertas por la división de nuestra patria utilizará ese puente de unión y buscará los medios de ayudar. Quien ora verdaderamente por la paz entre los pueblos, procurará en sus ideas y acciones mantener la paz en su alrededor. Oremos con constancia, pero pensemos en las palabras del Señor: *no todo aquel que me dice "Señor, Señor", entrará en el reino de los cielos, sino aquél que cumple la voluntad de mi Padre que está en los cielos"* ⁸⁷.

87. L. c., p. 7a (287).

b) *La oración sostiene el apostolado.*

"Entre los que se cansan de meditar en su corazón (Jer. XII, 11), o lo descuidan, hay quienes no disimulan su inevitable penuria espiritual, pero quieren excusarla alegando que se entregaron totalmente a la actividad del ministerio en múltiples obras de servicio a los demás. Se engañan miserablemente. Pues no estando habituados al trato con Dios, cuando hablan de El a los hombres o dan normas de vida cristiana carecen en absoluto de inspiración sobrenatural. Su voz, aunque vaya aureolada de sabiduría y facundia, no hace eco a la voz del Buen Pastor que las ovejas escuchan con fruto; suena y se pierde vacía y a veces sólo produce mal ejemplo, con gran deshonor de la religión y escándalo de los buenos. Lo mismo ocurre en las demás obras de su vida activa: o no producen ningún fruto de sólida piedad o es sólo momentáneo, porque falta la lluvia del cielo que es alcanzada en gran abundancia por la oración del que se humilla (Eccli. XXXV, 21). No podemos menos de sentir vivo dolor a causa de aquellos que devorados por el ansia de ponzoñosas novedades, no tienen reparo en contradecir estos razonamientos y consideran perdido el esfuerzo puesto en meditar y orar. ¡Funesta ceguera! Ojalá que, después de seria reflexión se diesen cuenta del paradero adonde lleva este descuido y desprecio de la oración" ⁸⁸.

Pío XII dijo también muchas cosas a este respecto reprobando lo que, con expresión enérgica, llama "herejía de la acción" ⁸⁹.

88. San Pío X, *Haerent animo*: ASS 41 (1908) 567-568.

89. Cf. *Menti Nostrae*, p. 677.

c) *La oración es apostolado.*

"Orad, orad, orad. La oración es la llave de los tesoros de Dios; es el arma del combate y de la victoria en toda lucha del bien contra el mal. ¿Qué no puede la oración del que adora, desagravia, suplica, da gracias?"⁹⁰.

Juan XXIII, explicando el destino de los cirios por él bendecidos el día de la Purificación de este año 1961, se expresaba así: "El primer destino de los cirios a las casas religiosas de las más estricta mortificación y penitencia quiere afirmar una vez más la preeminencia de los deberes del culto y de la consagración total a la vida de oración sobre cualquier otra forma de apostolado y al mismo tiempo subrayar la grandeza y la necesidad de las vocaciones para este género de vida... Los cirios encendidos en el austero silencio de tantas casas religiosas, esparcidas por el mundo, serán como la proclamación de esta necesidad de apóstoles santos y recordarán también a los apóstoles de la vida activa el valor insustituible de la oración y del renunciamiento para lograr conquistas no efímeras, que perduran más allá del curso del tiempo"⁹¹. "Fácilmente se comprende que los consagrados a la vida de oración y penitencia contribuyen al incremento de la Iglesia y a la salvación del género humano mucho más —*multo plus*— que quienes cultivan directamente el campo del Señor; pues si los primeros no alcanzasen del cielo abundancia de gracias para riego del campo, los operarios evangélicos cosecharían muy escasos frutos de su trabajo"⁹². "Es de sumo interés

90. Pío XII, *Alocución a la Acción Católica*, 4-9-1940: AAS 32, p. 368.

91. Juan XXIII, *Alocución sobre las vocaciones, la paz y el Concilio Ecuménico*, 2-2-1961. "Ecclesia" del 11-2-61, p. 5 (165).

92. Pío XI, *Const. Apost. Umbratitem remotamque*: AAS 16, (1924) 389.

para la Iglesia..., que nunca falten quienes libres de toda cura (pastoral) se consagren a la oración, y, haciéndose perpetuos intercesores ante la misericordia divina, alcancen del cielo las múltiples gracias que necesitan tantos hombres despreocupados de su salvación" ⁹³.

El apostolado oculto, por la oración y el sacrificio, es el único medio para llegar a tantos millones de hombres que nunca oyen la voz de la Iglesia.

La oración apostólica del sacerdote ha de mirar hacia el mundo con un criterio específicamente sacerdotal. Si toda la vida del sacerdote se ha de centrar en el sacrificio de la misa, su actividad apostólica, en cualquiera de sus múltiples formas, tiene que girar también toda ella en torno a la misa. El sacerdote preocupado de vivir su misa no podrá menos de sentir profundamente la necesidad de aumentar el número de sacerdotes y de procurar que los ya existentes vivan unificados en la fe, en la esperanza, y en la caridad, como lo reclama el único sacrificio que todos ellos ofrecen. Unidad del sacerdocio, expansión del sacerdocio: he aquí dos grandes temas de meditación apostólica para el sacerdote.

La unidad del sacerdocio nos obliga a pensar en la "Iglesia del silencio", cuyos sacerdotes son sometidos a inhumanos tratos, con los que se pretende arrancarlos del centro de la unidad. Nos pone delante de los ojos la situación de aquellos sacerdotes que están "separados" del Vicario de Cristo por cismas antiguos o modernos. La unidad de la Iglesia es primariamente unidad de culto y este culto tiene su centro en la eucaristía ⁹⁴. Por eso el sacerdote, ministro de la eucaristía, debe sentir más hondamente que nadie los problemas relativos a la unidad de la Iglesia. Así de-

93. Pío XI, l. c., p. 387.

94. Pío XII, *Mediator Dei*, p. 547.

mostrará claramente que es un "eclesiástico": el hombre de la Iglesia, por ser el hombre del sacrificio de la Iglesia.

La expansión del sacerdocio enfrenta al sacerdote con el pavoroso problema de tantas inmensas regiones que todavía desconocen su presencia o que no la gozan en una proporción que siquiera de lejos iguale las necesidades. Todo el mundo misionero se presenta de golpe a nuestra vista. Y con él tantas regiones que, sin estar enclavadas en tierras de misión, son verdadera "tierra de misión", porque sus habitantes perdieron la idea misma de Dios o, lo que es peor todavía, la combaten activamente. África, Hispano-América y el mundo comunista son seguramente los centros principales que deben retener nuestra atención, cuando pensamos en la expansión de nuestro sacerdocio.

IV. El Angelus

La piedad cristiana conoce una oración singularmente tierna y típicamente sacerdotal. Es el *Angelus*. El nos trae a la memoria la consagración sacerdotal del sumo y eterno Sacerdote, cuyo sacerdocio participamos nosotros. Nos dice también que esa consagración tuvo lugar en el seno virginal de María, quien, por este hecho, queda convertida en Madre de todos los sacerdotes⁹⁵. Los sacerdotes, como buenos hijos, no podrán menos de amarla filialmente y tenerla presente en toda su obra sacerdotal. Esta es la voluntad del sumo Sacerdote.

En confirmación citamos las siguientes palabras de los Obispos alemanes: "En los últimos años se ha recomendado repetidas veces el *Angelus* como oración eficaz en las tribulaciones de la Iglesia perseguida y en todas las preocupa-

95. Pío XII, *Menti Nostrae*, p. 673.

ciones del momento presente. Nuestro Padre Santo lo ha recordado repetidas veces, y en los dos últimos *Katholikentage* de Colonia y Berlín se han mencionado también. Repitámoslo especialmente en esta carta pastoral. Queremos encomendar todos los días la Iglesia y el mundo conscientemente al Dios encarnado, e implorar a través de María la salud del Señor crucificado y resucitado. No dejéis que suene en valde la campana del *Angelus* y pensad cómo podéis ofrecer un puesto fijo al "Ángel del Señor" en vuestra oración diaria" ⁹⁶. Cristo, María, el sacerdocio, la Iglesia: todo se une admirablemente en esta hermosa oración.

V. Conclusión

Lamentamos dejar nuestro trabajo inconcluso. A través de él pusimos especial interés en "sintetizar" desde dentro la oración y el sacerdocio. En la vocación divina, el sacerdocio implica no sólo poder de celebrar el sacrificio de la misa, sino también, y como incluido en él, un llamamiento a la vida de oración y a trabajar en la salvación de las almas. Nada de esto se puede suprimir sin atentar contra la vocación sacerdotal.

Pero debemos guardarnos de pensar que la vocación al sacerdocio no incluya nada más. Todo lo que se refiere a la renuncia y mortificación cristiana, con sus especiales exigencias en la vida sacerdotal, daría materia para un largo capítulo; en nuestro trabajo apenas se encuentran más que referencias a este tema. En una valoración de conjunto deberá ser tenido muy en cuenta.

96. Pastoral colectiva de los Obispos alemanes. "Ecclesia" del 13-9-1958, p. 7b (287).